

sin duda, del intento de dar al género anacreóntico toda la verdad de imitación clásica que estaba á su alcance (1).

¡Cuánto más alto y más verdadero es el númen de *Solís* cuando, saliendo del carril de la escuela doctrinal, se deja llevar únicamente por el espíritu moral de su tiempo! ¡Cuánto más vale su soneto *Al Sol*, inspirado por un pensamiento grande, noble y cristiano, que todas aquellas ingeniosas evoluciones de amor *anacreóntico*, en que no hay ni un asomo de ternura intensa y verdadera!

Igualmente es poeta sincero y de buena ley cuando escribe poesías de carácter sencillo y popular. ¿Cabe mayor naturalidad, donosura y desembarazo que la que emplea, por ejemplo, en *La pregunta de la niña?* ¿Quién no advierte el sabor del buen tiempo de la musa castellana en esta composición, en que cuenta la niña á su madre los primeros sobresaltos del amor? Empieza así:

Madre mía, yo soy niña;  
No se enfade, no me riña,  
Si, fiada en su prudencia,  
Desahogo mi conciencia,  
Y contarle solicito  
Mi desdicha ó mi delito,  
Aunque muerta de rubor.

Con esta hechicera naturalidad poética escribía *Solís* siempre que no apretaban demasiado su númen las cadenas de la imitación. *Moratin* conocía el gran valor intelectual de *Solís*, y siguió constantemente con él una correspondencia íntima, que prueba la grande estima en que lo tenía. *Moratin* vivía, en 1815, triste y como anheloso de hacerse olvidar, en un pueblecito llamado Sarriá, no muy distante de Barcelona. La libertad justa y racional de las ideas es la atmósfera ideal de los pensadores y de los poetas. Reinaba entonces tan opresiva y vigilante la suspicacia política, que *Moratin* no se atrevía á escribir libremente sobre literatura al inofensivo y honrado *Solís!*

No he podido (le decía desde Sarriá, el 20 de Febrero de 1815) componer hasta ahora, con mi mal humor, una carta que proyectaba escribir á Vmd.; y no, en verdad, porque me faltan cosas que decirle en ella..... No pudiendo decirlo todo, me ha parecido mejor no hablar: consejo prudentísimo en todas ocasiones, y mucho más en los áureos tiempos de calumnia y chisme (2).

Al fin del mismo año, residía ya *Moratin* en Barcelona, y no se había desvanecido su desaliento.

Dirá Vmd. al amigo Maiquez (escribía en 2 de Diciembre) que en cuanto á enriquecer la patria escena con nuevas producciones, es comision que no habla conmigo. Dulce cosa es no hacer nada, y mucho más dulce el no haber hecho nada jamas (3).

Enfermo al cabo, y angustiada el alma, se decidió *Moratin* á abandonar para siempre su patria, donde se ahogaba su ingenio y se calumniaba su gloria. En Marzo de 1818 pasó á París por tercera y última vez (4). La independencia y el sosiego le volvieron, en parte, la salud y la alegría; pero siempre lo abrumaban los tristes recuerdos de su patria, y muy principalmente le afligía la prohibición de *El Sí de las niñas*, decretada por el Santo Oficio (5).

(1) El colector de estas poesías no ha juzgado conveniente dar á la estampa las composiciones á que aquí se alude.

(2) Carta autógrafa de *Moratin*. (Papeles de la familia de don Dionisio Solís.)

(3) Carta de *Moratin* á don Dionisio Solís.

(4) París, 2 de Noviembre de 1818.—Yo me sentía malucho en Barcelona el año pasado, y por dictámen de

los médicos pasé á tomar los baños de Aix, en Provenza, tan eficaces para los achaques que padecía, que, sin haberlos probado, con sólo acercarme á ellos, me puse mejor. Salí de Barcelona á fines de Agosto; pasé el invierno en Montpellier, y por el mes de Marzo de este año me vine á ver, por tercera y última vez, este lugarcito. (Carta de *Moratin* á don Dionisio Solís.)

(5) Quisiera que Vmd. me dijese si el Santo Oficio ha prohibido alguna otra comedia mía, además de *El Sí*. (La misma carta.)

Viendo empañado el lustre de su gloria, y desvanecidas sus ilusiones de dicha y de sosiego, escribió á *Solís*, cuyas nobles prendas admiraba, una carta alternativamente familiar, irónica y grave, que la historia literaria debe conservar, así por las justas alabanzas que *Moratin* tributa al modesto y oscuro *Solís*, como porque rebosa en ella la amargura de un alma lacerada por el tósigo de los desdenes y de los trastornos políticos de la patria (1).

No hay para qué decir que las ideas de buen gusto, á la manera clásica francesa, relativamente á la literatura dramática, eran idénticas en *Moratin* y en *Solís*. Ambos lamentaban la afición del público á lances extraordinarios y á situaciones extremas y violentas en la escena, y más deploraban todavía que hubiese autores que fomentasen con sus obras el gusto extraviado del público. Esta comunidad de principios se ve patente en las cartas de *Moratin* á su amigo, y especialmente en una que le escribió en 1815, dándole noticia del estado del teatro en Barcelona; donosa carta, que parece escrita para burlarse del romanticismo de mala ley que los *Ducange* cultivaron en Francia muchos años despues (2).

*Don Tomas José Gonzalez Carvajal*, nacido un año ántes que *Melendez*, se distinguió notablemente, á fines del siglo, como hablista y áun como poeta. La pureza y el fervor de su fe, así como lo sano y acendrado de sus sentimientos morales, hicieron poeta á don Tomas José Gonzalez Carvajal hasta donde podia serlo, esto es, hasta una esfera donde están la limpieza de los afectos y la vehemencia de los instintos religiosos, pero donde no resplandece ni el verdadero arranque lírico, ni la fuerza de las grandes pasiones del alma. Su númen

(1) Hé aquí la carta, cuyo original autógrafa nos ha sido bondadosamente franqueado por la señora doña Ramona Idigoras, nuera de *Solís*:

París, 18 de Enero de 1819.—Mi estimado señor Solís: Recibí su carta de Vmd., de 1.º de Diciembre; pero la lista, ó sea catálogo, que la acompañaba, se quedó en Barcelona.....

Le agradezco las noticias que me da de los teatros; del buen éxito de la *Indulgencia*, que podrá y deberá animar á su autor á seguir adelante con otras. No la he visto, y así ignoro si en lo que dice en el prólogo tendré qué aprender ó qué reír.

Con que, se ha retirado Vmd. ya, y no hay ensayos, ni acotaciones, ni atajos, ni cabezadas, ni aviso á los músicos, ni pito, ni cerilla? Sea enhorabuena. Otro más celoso que yo de la gloria literaria de su nación le diría á Vmd. en este caso: «Amigo Solís, ahora es la ocasión de trabajar con gloria y utilidad. Si hasta aquí sus ocupaciones continuas no le han dado tiempo ni tranquilidad para el estudio, retirado ya del teatro, puede Vmd. invocar á las Musas, que nunca le han sido ingratas, y enriquecer la escena española, á quien ha debido Vmd. y debe su existencia, con nuevas piezas, ya sean originales ó ya traducidas. Vmd. tiene talento, instrucción y práctica de los efectos de teatro; lo poco que ha escrito Vmd. para él ha sido bien recibido y ha merecido la estimación de los inteligentes. Nacemos para la patria; cuanto hacemos por ella es una deuda que satisfacemos; no sea Vmd. tramposo, y escriba, y páguela lo que la debe.» Esto diría otro.

Yo le digo á Vmd.: «Amigo Solís, el que se casa, y hace tres hijos, y les da buena educación, y desempeña las obligaciones de su estado, bastante ha hecho. No escriba Vmd. ni imprima; que bastante se ha escrito y demasiado se ha impreso. La manía de ser escritor, ó nos hace ridículos y despreciables, ó nos hace el objeto de la envidia, de la detracción, de las injusticias más feroces. Sea influjo del clima, sea efecto de las circunstancias, sea el demonio, que en todo se mete, lo cierto es, que nuestra dulce patria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impunemente, y paga con amarguras los esfuerzos del talento y la aplicación, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos. Trate Vmd. de vivir feliz con su familia, tranquilo y honestamente divertido; lea y no escriba; conozca el mundo, pero no le pinte; y

pase estos pocos instantes que llamamos vida lo más alegre y holgadamente que le sea posible. De eso mismo trato yo por acá. Algo escribo, relativo á la historia de nuestro teatro, para lo cual he recogido abundantísimos materiales, pero sin la esperanza de imprimir nada, tanto porque no tengo prisa de hacerlo, como por el estado poco opulento de mi caudal. La ruina espantosa que ha padecido, me ha dejado lo meramente necesario para existir sin trampas ni mohatras, y mucho será si, cumplido el año, me encuentro con cincuenta ó cien duros de sobra. Pero esta sobra, y la tranquilidad en que vivo, satisfacen toda mi ambición, y hasta ahora no he sentido el menor estímulo de arrepentimiento por haberme despedido de mi dulce patria, y trocárla por otro suelo.

Où d'être homme d'honneur on ait la liberté.

MORATIN.

(2) No titubeamos en imprimir aquí esta carta como documento interesante de historia literaria,

Barcelona, 12 de Setiembre 1815.

Y ¿qué hay de teatro? ¿Qué nuevos ingenios pululan por ahí? no dudo que en la corte de tanto imperio nazcan á docenas cada día, y hagan sonar la escena con tragedias que no hagan dormir ni exciten el vómito, y con comedias que instruyan y alegren. En este emporio cataláunico asoman la cabeza, bastante á menudo, tres ó cuatro poetas ropavejeros, muy amigos de sepulcros, paletillas, cráneos rotos y tierra húmeda, con cadénita, jarra de agua, media morena (hogaza), y pobrecita mujer embovedada, que llora y gimé, hasta que en el quinto acto bajan con hachas y estrépito, y el crudo marido la abraza tiernamente, y la consuela, diciéndola que todo aquello no ha sido más que una equivocación. El auditorio queda contento, los empresarios ni más ni ménos, los autores dicho se está, y como, por fortuna, las tales piezas no atraviesan ni el Llobregat ni el Bessós, á nadie hacen daño. Mañana echan una, nuevecita, de cinco ahorcados,

Y véyase Terencio noramala  
Con Bachis, Menedemo y Antiphila.

(Carta de *Moratin* á don Dionisio Solís.)

era más bien eco de ajenas ideas é impresiones, que despertador espontáneo de las emociones vigorosas del corazón. Por eso su primer título de gloria será siempre su hermosa y sencilla version de los *Salmos*.

Por aquel tiempo era muy celebrado como poeta, en Zaragoza, el *padre Basilio Bogiero*, insigne orador sagrado, maestro de retórica en el colegio de las Escuelas Pías de aquella ciudad, que en 1809 fué fusilado, por mandato del mariscal Lannes, como fomentador del heroico patriotismo de los zaragozanos. Hombre digno de alta alabanza por los afanosos desvelos que consagraba á la educacion pública, no merecia su renombre de poeta. Con tan sano instinto como escasa inspiracion, escoge asuntos nobles y cristianos; pero sus versos son desmayados y á menudo prosáicos. Fué el *padre Bogiero* en Zaragoza lo que más adelante en Sevilla el *doctor Mármol*. Como no le ayudaba el estro, queriendo dar color poético al estilo, incurre el *padre Bogiero* en impropiedades harto singulares.

En una égloga bíblica habla así á Eva la *serpiente* tentadora del Paraíso:

¿Por qué, linda pastora, así te privas  
Del fruto que en este árbol colorea,  
Más sabroso que el néctar y el almíbar,  
Y que la miel que labra abeja hiblea?

¿Cómo contener la risa al oír llamar *linda pastora* á la madre de la raza humana, y hablar á ésta de la miel del monte *Hibla*, poniendo candorosamente en la cuna de la humanidad nombres y clasificaciones geográficas que sólo habian de nacer despues de centenares de siglos? ¡Y el *padre Bogiero* era un maestro de retórica muy acreditado! Tal es la obcecacion que infunden las afectaciones convencionales.

Descansa el ánimo al recordar, despues de la insulsa y desaliñada poesía de *Bogiero*, la elegante y correcta de *don Juan Nicasio Gallego*, que pertenece á la escuela de Salamanca. Aun en las composiciones en que su corazón ha de estar conmovido, ya con los sentimientos del patriotismo (*Elegía al 2 de Mayo*), ya con los recuerdos de la amistad (*A la muerte de la Duquesa de Frias*; *A la muerte del Duque de Ferdinandina*), la sensibilidad se esconde demasiado detras del magnífico aparato de las formas artísticas, cuyo secreto poseia como nadie. No es de los poetas que piensan sintiendo, y á pesar suyo sacrifican algun tanto la forma al sentimiento. *Gallego* siente pensando, y dueño siempre de la forma, no consiente á su musa elegante y majestuosa, ni el menor desvío, ni el menor abandono. Aunque criado en el movimiento poco aristocrático de una universidad, nada tiene su musa de la fantasía popular, y es esencialmente encopetada y académica. Por eso sobresale tanto en la poesía cortesana, que canta las venturas ó los infortunios de los príncipes. El artificio se sobrepone siempre á la pena ó á la alegría; pero á veces ¡qué artificio tan diestro y tan fascinador! En la elegía *A la muerte de la reina doña Isabel de Braganza* se hermana de tal manera la naturalidad de la frase con los seductores atavíos del estilo y de la versificacion, que la sensibilidad deliberada del artista llega á tomar las apariencias de la sensibilidad espontánea. Pero no por eso es ménos digno de la admiracion de la posteridad. La belleza de la forma es, en las letras, una perfeccion de valor tan alto, que casi iguala á la fuerza del pensamiento y á la seduccion de los afectos. *Gallego*, con la magia de su majestuosa entonacion, con su diccion purísima, con su versificacion acendrada y robusta, lo ennoblece todo, y demuestra cuán importante es en la poesía rendir culto á las formas con igual fervor que á las ideas y á los sentimientos. El lenguaje de *Gallego* es tambien magistral.

Sólo una vez, en este verso

El espantoso obus lanzando estragos,

hemos advertido alguna impropiedad en el uso de las palabras, y esto es meramente, acaso, un leve abuso del estilo figurado, no muy reparable en el animado estilo de la poesía. En suma, *don Juan Nicasio Gallego*, dotado de una imaginacion, si no fecunda, elevada y vi-

gorosa, más apto para las imágenes que para los afectos, gran modelador de la forma poética, hablista consumado, ha dejado en sus obras modelos insignes de armonía, de versificacion esmerada, de acendrado gusto, de expresion noble y grandilocuente. Educado con las doctrinas de la disciplina clásica, vió *Gallego* con un sentimiento de antipatía que se comprende fácilmente, la introduccion del *romanticismo* en España. Parecía una anarquía literaria perturbadora del buen gusto, y juzgaba con cierta saña, si bien llena de chiste y de cordura, las que entónces pasaban por obras maestras de los apóstoles de la nueva escuela (1).

*Don Javier de Búrgos*, célebre estadista y digno individuo de la Academia Española, era historiador, publicista y crítico ántes que poeta; pero tambien era poeta, como puede serlo un hombre de firme juicio y de clarísimo entendimiento. Tienen sus poesías claridad, robustez y elegancia; pero les faltan el halago y la magia que por virtud involuntaria comunican á sus versos los poetas de instinto. Como versificador fácil y numeroso, suelen ser modelo sus poesías. Hay en sus comedias, principalmente en *La Dama del verde gaban*, diálogos tan espontáneos é ingeniosos, que parecen escritos en los tiempos felices del antiguo teatro español. Su traduccion de Horacio es una obra de admirable estudio, pero que prueba de nuevo lo ya probado tantas veces: que Horacio no se puede traducir en verso. La estricta fidelidad, imprescindible cuando se trata de la version de un poeta de esta especie, quita toda espontaneidad al pensador y al poeta traductor, y sin ella, ¿cómo dar á los versos la

(1) Podrá formarse idea de la impresion que causaban tales producciones en su ánimo, por el somero, pero fundado juicio, de la célebre novela *Notre Dame de Paris*, que consignó el ilustre poeta en la siguiente carta familiar, dirigida al autor del presente *Bosquejo*, há más de treinta y cuatro años:

Madrid, 16 de Enero de 1835.— Señor don Leopoldo Augusto de Cueto.— Mi apreciable amigo: . . . mis achaques y ocupaciones no me han permitido hasta ahora contestar á su carta de V.— Los primeros han cedido algun tanto (eran una tos inextinguible, como la risa de los dioses de Homero); pero las segundas son tantas y tales, que no me dejan tiempo ni para escribir una carta. . . . El proyecto literario de V. no puedo ménos de aplaudirlo. El objeto lo merece, y es un buen ensayo para un jóven, en que puede lucir, sin que por su extension le haga decaer de ánimo. En su edad de V., creo que el principal escollo que hay que evitar es el de dar en declamador, aunque tambien hay que huir de la propension á singularizarse en el modo de presentar las ideas, alambicado ó exagerado; vicio propio, más que de la edad, del siglo presente.

Esto debiera conducirme á decir á V. mi opinion sobre *Notre Dame de Paris*, que ciertamente no es la más conforme con la de su cuñado de V., Angelito (el Duque de Rivas), que está endiosado con la obra, con el autor y con el gusto de los que siguen el mismo rumbo. Mas para esto fuera preciso tener la obra y emplear más tiempo del que tengo á mi disposicion. Antes sería menester ponernos de acuerdo en los principios ó reglas, no arbitrarias, sino dictadas por la razon humana de todos los siglos; de lo contrario no podríamos entendernos. En mi cuento, sea el que quiera, ¡ha de haber, ó no, verosimilitud! En los incidentes y en las costumbres, ¡debe haber propiedad y verdad histórica! En el estilo, ¡ha de haber claridad, naturalidad, soltura! En las pinturas, comparaciones y demas ornatos, ¡ha de haber sobriedad, congruencia, juicio, ó se han de amontonar extravagancias y rarezas propias de un delirante! Si nada de lo dicho influye en el mérito ó demérito de una obra de esta clase, nada tengo que decir.

La heroína de la novela es una muchacha de pocos años, que, siendo bonita como un sol, se conserva pura é imaculada de alma y cuerpo, viviendo entre la canalla más vil, más viciosa y más repugnante que puede imaginar la fantasía del mismo demonio. ¡Hay en esto la mejor verosimilitud! Sin entrar en mil incidentes,

de que no me acuerdo, ¿hay cosa más horrible que el paradero de ésta, á quien, sin ton ni són, ahorcan en medio de una plaza pública? ¿Y cómo? El arcediano (personaje de poder y autoridad desconocidos en el mundo en todas épocas) la obliga á seguirle desde un sitio lejano, porque quiere llevarla á la plaza á que la ahorquen, y temiendo que se le escape, no la deja de la mano, llevándola de calle en calle y de plaza en plaza, hasta llegar á la principal, donde, sin saberse por qué, la abandona sin entregarla á los verdugos. Este abandono inconcebible no tiene más objeto que proporcionar su encuentro y peripecia con la emparedada. ¿Es verosímil que la deje el arcediano en el sitio en que se hallaban los verdugos, cuando sólo á ponerla en sus manos habia rodado con ella medio París?

¿Cuándo, en qué tiempo ha habido en esta ciudad un barrio habitado por gentes de tales costumbres, y con autoridad para ahorcar impune y públicamente á quien les diese la gana, como nos lo pinta su autor? ¿No es esto delirar? ¿Es posible leer sin reirse los pasajes en que Quasimodo toca las campanas con tanta fruicion y cariño, pasando de una en una, dando á ésta un envión, abrazándose con la otra, y volteándolas á todas deliciosamente? ¿No pudiéramos decir que Víctor Hugo ha oído campanas y no sabe dónde? Vaya V. por gusto á la Giralda en un día de repique, y verá que para voltear ocho campanas son menester una docena de hombres.

No quiero hablar de la pintura de la catedral, es decir, de su descripcion artística, modelo de pesadez y extravagancia, ni del estilo, más alambicado y gongorino que cuanto se escribió entre nosotros en el siglo XVII. Acuérdomos que dice de las dos torres de *Notre-Dame* que son *dos flautas de piedra*. ¿No hay más verdad en decir que un pájaro es *flor de pluma ó ramillete con alas*, que en las flautas dichosas? En mi modo de ver, me parece mayor extravagancia que llamar al ama de cria

Lugar-teniente del pezon materno,

de que tanto nos hemos reído. En este verso, á lo ménos, la idea es exacta, lo ridículo es la expresion. En la otra, idea, expresion y todo es un delirio.

No hay duda en que hay en la obra mil y mil cosas que prueban gran talento en su autor, pero se trata de si la obra es buena, que es cosa muy distinta. Veo que de reminiscencia en reminiscencia se me ha ido la pluma hasta faltar poco para que el papel se acabe. . . .

Mande V. á su amigo, que le aprecia mucho.— J. N. GALLEGO,

gala, la fluidez, la elegante tersura, la incomparable concisión del poeta latino? Siempre la poesía del original sale desconocida y calumniada. Con otro desembarazo, con otra naturalidad y agudeza escribe *Búrgos* cuando, en vez de traducir, imita. Sirva de ejemplo, así como de muestra de la lozanía del estilo poético de *Búrgos*, el siguiente trozo de la epístola de Pope á Arbuthnot, libremente traducida en 1822, en la cual, con sátira incisiva, describe el agudo poeta el carácter de Addison:

De un escritor os hablaré fecundo,  
Que ingenio y gracia y sencillez rebosa,  
Feliz en versos, elegante en prosa,  
Buen pensador, conocedor del mundo.

Ama la gloria y al honor camina,  
Es del buen gusto protector ardiente;  
Pero, como los reyes del Oriente,  
No reina si á su hermano no asesina.

Entrar en concurrencia tiene á ménos,  
Y debiendo al ingenio su fortuna,

El brillo del ingenio le importuna,  
Y envidia sin cesar triunfos ajenos.

Con cortés apariencia satiriza,  
Cobarde hiere, con perfidia halaga,  
Con su sonrisa y su amistad amaga,  
Con su ceño y sus odios tranquiliza.

Los tiros ruines teme á cada paso  
Del necio que le aplande y le respeta.  
En el gobierno muéstrase poeta,  
Y muéstrase estadista en el Parnaso.

Entre aquellos varones ilustres se distinguió asimismo *don Manuel Silvela*, por su saber, por la pureza y elevación de sus doctrinas morales, y por la sencillez patriarcal de sus costumbres de familia. Lanzado de su patria por el huracán de las desgracias públicas, halló, en su laboriosidad y en su talento, amparo contra la adversidad, para sí, para su esposa y para sus hijos. La perseverancia, el acierto, el sano y trascendental espíritu, la delicada sollicitud con que dirigió, así en Burdeos como en París, un establecimiento de educación para la juventud española, son títulos de gloria verdadera para el nombre honrado y honroso de *don Manuel Silvela*. En su casa pasó *Moratin* los últimos años de su vida, mirando como suya propia la interesante familia de su amigo. Aquel insigne escritor exhaló el último suspiro en brazos de *Silvela*, y éste «pagó la deuda del cariño y de la admiración» erigiendo á su costa, en el cementerio del *Père Lachaise*, un monumento fúnebre al esclarecido poeta cómico, entre Molière y Lafontaine.

En el notable discurso histórico-crítico sobre la literatura española, que publicó *Silvela*, en Burdeos, al frente de su *Biblioteca selecta de la literatura española* (1819), en la *Vida de Moratin*, y en los varios escritos suyos, ya históricos, ya jurídicos, que han sido dados á la estampa, demostró *Silvela* que era docto investigador, hombre de sano criterio y hablista fácil y correcto. La sensatez prepondera sobre la fantasía en sus escritos, y por eso es mejor prosador que poeta. Su sentido crítico era perspicaz y seguro, y es curioso verle empeñado en *eterna y amistosa* polémica con *Moratin* sobre los principios del arte dramática, sosteniendo, contra el inexorable clásico, «que la nimia austeridad de las reglas ha esclavizado el ingenio; que el mismo *Moratin* era prueba de esta verdad....., y que en las letras los pecados verdaderamente irremediabiles son la frialdad, la insipidez, la falta de acción, de interés» (1). Tal doctrina parece ahora llana y corriente; pero debe recordarse, para gloria de *Silvela*, que esto lo decía á *Moratin* un hombre educado con las ideas clásicas francesas, muchos años ántes de que se hubieran propagado y madurado en Francia y en España los amplios y tolerantes principios críticos de los Lessing y de los Schlegel.

*Don Manuel Norberto Perez de Camino*, magistrado distinguido, y víctima, como otros muchos contemporáneos suyos, de la turbación de los tiempos y de los azares de la guerra y de la política, cultivó la poesía como solaz y consuelo en las amarguras de la emigración. No le faltaron ni el ingenio, ni, en algunas ocasiones, el estro del poeta; pero escribía lejos de su patria. La mayor parte de sus versos quedaron inéditos, y hoy día su nombre, mé-

(1) *Vida de Moratin. Obras póstumas de don Manuel Silvela*, publicadas, en 1845, por su hijo don Francisco Agustín Silvela.

nos afortunado que el de otros escritores que no le aventajan, no trae consigo eco alguno de gloria literaria. Amigo, y hasta cierto punto discípulo de *Moratin*, imitador de *Melendez*, y acérrimo sustentador de las doctrinas de los preceptistas franceses, su númen se encierra en el carril de la imitación, y á pesar de su indisputable talento, sus poesías, sembradas de rasgos felices, adolecen á cada paso de los resabios de la escuela y de la rutina pseudo-clásica. Porque es moda, escribe anacreónticas, muchas de ellas no inferiores á las de su modelo *Melendez*; pero algunas, así como las de otro imitador de *Melendez*, *don Dionisio Solís*, están en tal grado impregnadas de erótica intención, que no hemos podido decidimos á publicarlas. La escuela pseudo-clásica creía encubrir las más escabrosas audacias con formas pudibundas y melindrosas. Mal disimulados con el velo harto trasparente de los emblemas mitológicos, presentan estos poetas, y aún el mismo *Melendez*, cuadros sensuales, que, más que á la musa cristiana, pertenecen á la musa descarada de la antigüedad. *La Sorpresa, El Transporte* y otras atrevidas anacreónticas de *Perez de Camino* (1) han nacido, como todas las de este género, de la mal entendida imitación de la poesía materialista de los griegos y de los romanos. Siguiendo esta epicúrea tendencia en sus años juveniles, tuvo la habilidad de convertir en una linda anacreóntica la célebre oda de Safo, y por cierto que para oídos modernos es más propia y natural la lucha que ofrece la anacreóntica de un mancebo acosado por las hechiceras caricias de una hermosura tentadora, que la bella pero cínica descripción fisiológica de la conmoción amorosa de una mujer, que á esto se reduce la famosa oda griega.

Es á veces poco correcto en el idioma y en la versificación, pero da siempre señales de soltura y de ingenio. Para la sátira, á la cual se manifiesta aficionado, le faltan la intención burlesca de Quevedo y la acerba austeridad de los Argensolas. *Camino* se conoce bien á sí mismo cuando dice, en el lenguaje clásico del tiempo:

De suave natural formado he sido,  
Más que para decir duras verdades,  
Para cantar los hurtos de Cupido.

Nutrido su entendimiento con las máximas literarias del siglo de Luis XIV, *Camino* creía de buena fe que sin rígidos preceptos no hay literatura de alta ley, y que era mengua en una nación civilizada carecer de una *Poética nacional*. Quiso llenar el que juzgaba afrentoso vacío, y escribió una *Poética* en octavas, que, por el gusto y las doctrinas, nada tiene de *nacional* (2). ¿Y cómo ha de ser nacional un código inflexible en que, por libres y espontáneos, no caben, ni el magnífico teatro español del siglo de oro, ni la poesía de los romances, esto es, los dos grandes y gloriosos depósitos de las creencias, de los sentimientos, del esfuerzo, de la fe, del honor del pueblo español? *Luzán*, olvidado por *Camino*, con ser de la escuela *preceptista*, comprende mejor la poesía popular española, y su *Poética*, aunque inspirada por obras italianas y francesas, es ménos *extranjera* que la de *Martínez de la Rosa* y la de *Perez de Camino*, que creía escribir una obra nacional. *Camino*, como él mismo lo declara, tomó por norma las cuatro célebres poéticas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau. Pero Boileau es la verdadera fuente de su doctrina, y á tal punto, que se hace eco de los burlescos ataques del gran legislador del gusto francés, contra el antiguo teatro español.

(1) Estas poesías, y otras del mismo autor, que no tienen cabida en la presente colección, se conservan en poder de su familia.

(2) La *Advertencia* impresa al frente de la *Poética* de *Perez de Camino* (Burdeos, 1829) dice así:

Este poema estaba escrito, tal como se publica, siete años ántes que don Francisco Martínez de la Rosa die-  
ra á luz su *Poética*.

Más adelante dice *Camino* en el *Prefacio*:

Pesa sobre nosotros la vergüenza de no tener una *Poética* propia. El de lavar esta afrenta, y el de ofrecer á la juventud española un código completo de elementos poéticos, verdaderamente nacional, es lo que me ha movido á componer este poema.